



Arquidiócesis de Bogotá  
Plan de Evangelización  
*Subsidio litúrgico*  
*Pentecostés*

*“Salir al encuentro de Dios que habita en la gente de nuestra ciudad y municipios”. Plan de Evangelización*



*Sensibilizándonos con el nuevo paradigma de evangelización, iniciando un proceso pedagógico de revisión crítica de la práctica evangelizadora, y favoreciendo un cambio de mentalidad sobre la forma de vivir la condición bautismal, la comunión y la misión.*

**Presidente:** Acepta, Padre Santo, las súplicas que con fe y esperanza te presentamos; concédenos aquello que sabes que necesitamos para seguir anunciando con amor y alegría todas tus bondades. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén

## *Arquidiócesis de Bogotá - 450 años evangelizando*

---

# PENTECOSTÉS

El término Pentecostés procede del griego Πεντηκοστή y significa “cincuentena”. Está relacionado con la “Fiesta de las Semanas” (Hag-Shavuot). Esta celebración es de origen agrícola y evoca las festividades que acompañaban la última siega del año, la del trigo (*Ex* 23,14-16; 34,22; *Lv* 23,15-21; *Nm* 28, 26-31; *Dt* 26,1-11); luego pasó a ser la conmemoración de la entrega de la Torá en el monte Sinaí. Como el trigo representa el producto base en la alimentación de los hebreos así la Torá ha de ser el alimento indispensable para Israel; de ahí la relación entre estos dos acontecimientos en una única fiesta hebrea.

Desde un principio el pueblo judío comprendió que la Torá no era simplemente un código normativo exclusivo para un pueblo, sino que estaba abierta a toda la humanidad, más todavía, se percibía cercana a los hombres “en su boca y en su corazón” (Cfr. *Dt* 30, 12-14); no obstante, en el devenir histórico de Israel, el pueblo se supo elegido de Yahvé para revelar al mundo sus mandatos.

La Fiesta de las Semanas estaba estrechamente ligada a la fiesta hebrea de la Pascua (Pésaj) que la precede, en la cual se hace alusión a lo que vivía anteriormente el pueblo en su tiempo de esclavitud en Egipto (representado por la cebada) y a la vida nueva y digna que trae consigo la apertura a la Alianza, simbolizada en el trigo nuevo (Anne C. Avril, Dominique de L. M. *Las fiestas judías. Documentos en torno a la Biblia*, Verbo Divino 1996. Pág 38).

Con la llegada de Jesucristo se anuncia el advenimiento del Reino de Dios, y con ello, el tiempo del cumplimiento de toda la esperanza mesiánica del pueblo judío. En ese sentido, y siguiendo a los profetas, estos tiempos mesiánicos tienen como nota distintiva la “efusión del Espíritu”, primero de forma singular y personal sobre aquel que ha de cumplir la voluntad de Dios (Siervo de Yahvé: *Is* 42; Mesías: *Is* 60 y 61) y posteriormente sobre todas las naciones (Joel 3,1). Es así que la elección de Israel cobija a todas las naciones. Esta universalidad, fruto del Espíritu, aparece con inusitada fuerza en toda la vida de Jesús de Nazaret. Es el Espíritu quien actúa en la encarnación (*Mt* 1,18-25; *Lc* 1,26-38), es el primero que da testimonio junto con la voz del Padre el día del bautismo en el Jordán (*Mt* 3,13-17; *Mc* 1, 9-11; *Lc* 3, 21-22; *Jn* 1, 31-34), lo acompaña en los momentos más difíciles y fundamentales de su vida y, por último, será el que ayude a perpetuar y consolidar en la historia su misión mediante la convocación de la Iglesia.

Apoyados en este itinerario podemos hablar del sentido de Pentecostés. En Pentecostés celebramos con gran alegría la venida del don del Espíritu Santo sobre

toda carne y la realización histórica de la infinita misericordia de Dios en la existencia de su Iglesia animada por el Espíritu. Es el cumplimiento de la promesa hecha por el mismo Jesús antes de su Muerte y Resurrección (Cfr. *Jn* 16,7). Él mismo aseguró que el Padre enviaría un Paráclito que nos explicaría todos los gestos y palabras a través de los cuales el Hijo daba a conocer la totalidad de la divinidad del Dios Uno y Trino (*Jn* 14,26; *1Co* 2,10).

En la historia concreta de la Iglesia, es en la elaboración del Credo Niceno-Constantinopolitano donde se desarrolla el artículo de fe: “Creo en el Espíritu Santo, Señor y Dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas”. Esta afirmación de nuestra fe es fundamental ya que muestra el gran valor de esta Persona Divina en el plan de salvación de Dios, pues como dijo el Beato Juan Pablo II “La encarnación alcanza su eficacia redentora mediante el Espíritu Santo” (Juan Pablo II, *Catequesis sobre el Espíritu Santo*, (26-IV-89) Núm. 4).

Así en este tiempo de Pentecostés actualizamos en la fe el nacimiento de la Iglesia. Gracias a la acción del Espíritu Santo los discípulos que estaban llenos de temor pudieron salir y dar testimonio del Resucitado (Cfr. *Hch* 2,1-13). Este pasaje de los Hechos de los Apóstoles es especialmente iluminador, pues nos muestra algunas de las características del nuevo Pueblo de Dios. Los discípulos se hallaban “reunidos con un mismo objetivo” (*Hch* 2,1); esto hace alusión a la vida en comunidad como factor primordial y constitutivo de la experiencia eclesial. Fue solo allí, en medio de la reunión de los discípulos donde descendió el Paráclito. Luego se menciona el descenso de un “viento del cielo que lo llenó todo” (*Hch* 2,2), dándonos a entender que el Espíritu es ante todo, don, es decir, que nos viene solamente de Dios (Cfr. *Jn* 15,26-27; *16*,15). Es por esto que la Iglesia misma es un don de Dios que expresa su gran amor por el hombre, pues como hemos podido constatar a lo largo de la historia, los vínculos humanos obedecen a algún interés particular, mientras que esta nueva forma de vivir y relacionarse estará marcada por la comunión desinteresada y generosa, esto es, por el amor de Dios expresado en el amor a los hermanos (*Hch* 2,42-27).

La comunidad de los creyentes está pues llamada a vivir en el “Espíritu”, a vivir de este amor (*Rm* 8, 5ss), lo cual implica una forma de existencia que se diferencia del entorno en que nos movemos. Esta nueva forma es aquella que nos impulsa a la misión: ser sal y luz (*Mt* 5,13-16). Es un nacer a una realidad nueva (*Jn* 3, 4-7), a la cual podemos aspirar gracias a Jesucristo y al Espíritu Santo (*1Co* 15). Nuestro nuevo Plan de Evangelización nos ha invitado a un cambio de mentalidad, a evangelizar desde un nuevo paradigma que es precisamente este: ser sal de la tierra y luz del mundo. De la misma forma en que los discípulos del Maestro se reunieron en actitud de oración con miras a una conversión interior y comunitaria, el Señor nos convoca para vivir esta experiencia originaria, pues más que nunca nuestra ciudad región necesita el testimonio valeroso de la verdad del Amor de Dios. Solo este Amor, derramado por el Espíritu, nos puede llevar a ser fermento del Reino de Dios en Bogotá y el sector rural viviendo relaciones de comunión y de servicio tanto al interior de la comunidad eclesial como con aquellos que se han alejado de la fe o no la profesan. Ahora bien, esto solo es posible mediante la acción transformadora de Aquel que clama dentro de nosotros ¡Abba!, ¡Padre! (*Gal* 4, 6). Es por esto que en nuestra Iglesia Arquidiocesana, donde se ha manifestado durante 450 años la acción del Espíritu, necesitamos una vez más ser renovados por Él para salir al encuentro

de Dios que actuó y sigue actuando en nuestra región capital. Solo bajo su acción podremos llevar adelante la misión evangelizadora que el Señor Jesús nos ha encomendado.

**8 de junio de 2014 - Arquidiócesis de Bogotá**

---

**EUCARISTÍA  
DOMINGO DE PENTECOSTÉS**

**COMENTARIOS**

**ENTRADA:**

Hermanos, bienvenidos a la Eucaristía. Hoy hacemos memoria del cumplimiento de las palabras del Señor resucitado al prometernos que enviaría el Espíritu Santo para conducirnos a la verdad plena y dinamizar el camino de la evangelización. Cada Pentecostés somos renovados por el Espíritu Santo y por sus dones somos lanzados al mundo para comunicar la alegría del Evangelio y transformar la sociedad a imagen del Reino. Vivamos plena y fructuosamente esta celebración, de tal manera, que la fuerza del Espíritu nos acompañe en la construcción del Plan arquidiocesano de Evangelización para ser sal y luz pascual en nuestra ciudad región.

**LECTURAS:**

La palabra de Dios nos habla hoy de la tercera Persona de la Trinidad y de la acción que Dios realiza en aquellos que aceptan el don del Espíritu. Acojamos la palabra con reverencia y pidamos espíritu de sabiduría para que la Escritura fecunde nuestra vida y la fuerza del Espíritu Santo nos conduzca en la construcción de la verdadera comunidad cristiana.

**ORACIÓN UNIVERSAL**

**Presidente:** Elevemos nuestra plegaria a Dios todopoderoso que ha querido enriquecernos con el don de su Espíritu y con confianza pidamos por las necesidades de todos los hombres y de la Iglesia. Decimos: **Envíanos, oh Dios, tu Espíritu.**

1. Oremos por la Iglesia extendida en el mundo entero, para que animada por el Espíritu Santo sea fermento del Reino y pueda anunciar a Jesucristo con toda valentía en medio de las contrariedades y dificultades actuales.
2. Oremos por los pueblos que viven bajo el terror y el miedo de la guerra, para que Dios envíe su Espíritu y fecunde la tierra con los dones de la paz y la justicia para todos los hombres.
3. Oremos por todos los que creen en Cristo, para que la fuerza del Espíritu Santo los anime a construir los caminos de la unidad y trabajen por la instauración del Reino, especialmente en nuestra ciudad región.
4. Oremos por todos los jóvenes que se preparan para recibir el sacramento de la confirmación en nuestra arquidiócesis, para que abran su corazón a la acción del Espíritu y se conviertan en anunciadores del Evangelio con su juventud.
5. Oremos por el Plan de Evangelización, para que con la luz del Espíritu vencamos toda resistencia que nos impida construir un nuevo camino de anuncio y vivencia de la fe en nuestros barrios y sectores.

**Presidente:** Gracias, Dios de misericordia, porque por medio de tu Hijo nos has dado el don del Espíritu. Continúa derramando sobre tu pueblo la gracia de Pentecostés, con los dones y carismas necesarios para anunciar el Evangelio a todas las naciones. Por Jesucristo nuestro señor. Amén.

Estos subsidios fueron redactados en los Seminarios de la Arquidiócesis de Bogotá: Seminario Conciliar de Bogotá y Redemptoris Mater, bajo la orientación de sus rectores reverendos padres Germán Medina Acosta y José Vicente Sandino Macías, con el propósito de coadyuvar al espíritu de comunión y renovación al que nos anima nuestro Plan de Evangelización.

Bogotá, D.C., Febrero 27 de 2014